

ALGO MAS QUE LIBERALES

Francisco Fernández Buey

1
Probablemente el problema principal del marxismo, visto en perspectiva, es que, en comparación con otras corrientes filosóficas o con las ciencias sociales académicamente establecidas, hace una apuesta muy fuerte: pretende a la vez explicar el mundo económico-social en que vivimos y transformarlo. Nada menos.

Pero frente a lo que se afirma de manera interesada, hay que decir en descargo del marxismo que la suya no es la única apuesta fuerte de este tipo de historia de la humanidad. A su manera, las grandes religiones aspiraban a lo mismo. Y modernamente algunas otras "grandes teorías" han tenido aspiraciones parecidas, aunque es posible que con un poco más de moderación epistemológica (o de retórica correctora de los antiguos excesos epistemológicos). Algunos pensamos que la especulación filosófica o metacientífica en que suele concluir casi toda gran teoría recoge, en el fondo, un anhelo semejante, históricamente cambiante en la forma pero permanente en su contenido; un anhelo muy extendido entre los humanos, que tal vez tenga que ver con los límites del análisis reductivo y el origen de la vieja idea de dialéctica.

Limitarse a la explicación del mundo social existente y plantearse la transformación del mismo mediante acciones diversificadas, bien calculadas y con la gradualidad adecuada para producir el menor malestar posible en los individuos, es algo que cuenta con muchos partidos entre las gentes sensatas, entre eso que se

llama el sentido común ilustrado. Por ello a casi todo el mundo le cae bien el Popper epistemólogo cuando habla, en éstos (o parecidos) términos, de modestia metodológica y de docta ignorancia. Todo juicio práctico es comparado, y corren tiempos en los que no pocas de las personas que antes —cuando eran marxistas— querían cambiar el mundo postulan ahora que es mejor dejarnos transformar por él. La modestia, en estas cosas prácticas que acaban afectando a muchos prójimos, es siempre más sana que la doble negación.

Así que, de acuerdo con esto, la gente sensata dirá: si las llamadas ciencias sociales contemporáneas, con su complejo aparato matemático y su capacidad analítica, tienen muchas dificultades para explicar la acción colectiva de los humanos en condiciones de normalidad, ¿cómo atreverse a hacer predicciones en gran escala, que implican, para colmo, situaciones excepcionales? Y si ya es un exceso del orgullo y de la ambición de los humanos aspirar a hacer predicciones en gran escala tratándose del mundo social, ¿que decir de la pretensión de cambiar el mundo de base, que es precisamente lo que postula el marxismo?

Seguramente toda persona sensata y razonable que piense con un poco de calma sobre esto llegará a la conclusión de que una pretensión así, la aspiración a cambiar el mundo de base, que dice La Internacional— la aspiración a un orden radicalmente nuevo, a la emancipación del género humano—, es a la vez una enormidad y una temeridad. De hecho, hay mucha evidencia histórica en favor de tal conclusión. Las revoluciones se escapan de las manos de los revolucionarios (precisamente porque éstos no pueden dominar con el pensamiento todas las implicaciones y consecuencias que tienen actos complejos tan radicales); las revoluciones —se dice— devoran a sus hijos. Ya había ocurrido así en el caso de la revolución inglesa. Volvió a ocurrir en el caso de la revolución francesa. Y ha ocurrido de nuevo en el caso de las revoluciones rusa y china, y, parcialmente, en los casos de la revolución cubana y vietnamita.

El número de personas sensatas y razonables aumenta de manera muy considerable cuando, con el paso del tiempo, el lado negro o negativo de las revoluciones resulta ya tan evidente para las nuevas generaciones, que sólo los ciegos pueden negarlo. En-

tonces el sentido común ilustrado y razonable se impone sobre cualquier otra consideración, echa a un lado toda duda y acaba adoptando esta filosofía: contra el orgullo y la soberbia de los revolucionarios del pasado y del presente, hay que ir pasito a pasito, uno por uno, y calculando bien cuál de las dos piernas conviene adelantar primero. Los ciegos que niegan, contra la evidencia, el lado oscuro y hasta tenebroso, de las revoluciones que en el mundo han sido no serán tenidos en cuenta aquí. En cambio, vale la pena llamar la atención sobre un tipo de ceguera involuntaria tan extendido como reiterado a lo largo de la historia de la humanidad: el que produce en las buenas gentes la intensísima luz que brota de las revoluciones en marcha. Sin esta otra ceguera por deslumbramiento el número de las personas siempre sensatas y razonables permitiría formar en seguida una mayoría absoluta en cualquier circunstancia. Pero, al parecer, la historia de la humanidad es una tragedia y no nos ha sido dado a los más ser razonables y sensatos en todo momento. También el razonable y sensato teórico de la democracia, Alexis de Tocqueville, llamó la atención de sus contemporáneos, crítico de la revolución francesa, acerca de aquellas sombras del antiguo régimen que explican, al menos en parte, las luces cegadoras de las revoluciones en marcha.

2

Pero esto no es todo. Como escribiera Bertolt Brecht en un celebrado poema dialógico que lleva por título "Techo para una noche, justamente después de haber hecho justicia a la función de la caridad en los malos tiempos del paro masivo, del hambre y de la miseria: "No sueltes todavía el papel, tú que lo están leyendo".

Siendo las cosas como se ha dicho, o sea, habiendo tanta evidencia histórica en contra de la pretensión de juntar explicación y transformación revolucionaria del mundo, y con un acuerdo tan general entre las personas sensatas acerca de la otra forma de actuación, lo difícil, lo verdaderamente difícil de explicar no debería ser la crisis del marxismo (enésima crisis, por cierto, calificada una vez más de definitiva), sino por qué motivo, a pesar de tanta evidencia y de tanta razón, tantos hombres en tantos lugares del mundo siguen planteándose (en la forma marxista o en otra) todavía la

misma meta tantas veces fracasada o derrotada y tantas otras reinventada.

La explicación de la dificultad difícil —si se me permite la broma que, de paso, lleva el agua a mi molino— es que el sano sentido común, la evidencia histórica largamente interiorizada y la razón razonable de la mayoría de esa especie maravillosamente contradictoria que es la de los humanos no han logrado todavía encontrar la fórmula adecuada para terminar con el mal social, con la desigualdad social y con la injusticia.

Así, por ejemplo, el mercado, tal como lo conocemos, permite establecer algunas reglas en el juego económico consistente en ordenar recursos escasos, al que tan aficionado es el hermano lobo; pero no acaba con los monopolios, ni con la explotación de unos hombres por otros, ni reduce la desigualdad social, ni es capaz de fundar una sana relación entre el hombre y la naturaleza. Al contrario: la mano invisible que, según dicen, rige las leyes del mercado es demasiado visible a la hora de producir enormes beneficios para unos pocos, en detrimento de los más, y sólo se hace invisible de verdad a la hora de admitir responsabilidades por el expolio del medio ambiente.

O, por poner otro ejemplo, la democracia es una buena cosa, qué duda cabe, en la medida en que reduce y controla tensiones políticas y contribuye a poner un bozal al histórico Leviatán; pero la democracia, esta democracia, la democracia realmente existente, no iguala las fortunas de todos en este mundo nuestro de hoy, que es, de hecho, una plétora miserable, el mejor de los mundos posibles, como dice sir Karl Popper, sólo que para unos cuantos y —aunque no lo diga el ilustre filósofo— el peor de los infiernos para dos tercios de la humanidad.

3

Esta democracia que conocemos sigue afirmando la igualdad de derechos de las mujeres y los varones, pero ignora que en el mundo de los pobres aún mueren diariamente muchas más niñas y mujeres que niños y varones adultos porque hay, de hecho, discriminación en el trato de unas y de otras (Amartya Sen lo ha

explicado muy bien en un ensayo sobre "las mujeres desaparecidas y las diferencias de género"). Como en las fábricas, como en los hogares, como en los Parlamentos, como en la política en general.

En los países que se autoproclaman democráticos la democracia se dice de muchas maneras, como el ser aristotélico. La democracia "por excelencia" es, como era de esperar, la del país "democrático por excelencia", es decir, la del más poderoso de los países desde el punto de vista militar y económico. Chomsky enseña: la quinta libertad es el Séptimo de Caballería. En el país democrático por excelencia la cantidad de dinero necesaria para que la gente del pueblo puede llegar a aspirar a gobernar es tal que nunca en su historia reciente ha podido llegar a gobernar nadie procedente del pueblo que no se haya hecho antes oligarca, o que esté más o menos directamente relacionado con el complejo militar-industrial. Algo parecido ocurre en los países democráticos europeos, los cuales en los últimos tiempos están, además, obnubilados con el modelo presidencialista norteamericano. A pesar de que en los EEUU de Norteamérica la mayoría de los ciudadanos se abstiene de participar en los procesos electorales (y no digamos en otras actividades políticas) y a pesar de la estructura manifiestamente oligárquica de los partidos y del espectáculo-representación electoral, se dice y se repite que este país es la democracia por excelencia. Se comprende que lo digan quienes lo dicen por interés. Pero se comprende menos que lo repitan los que viven de sus manos. Pues haría falta la linterna de Diógenes para encontrar hoy en día a un obrero en alguno de los parlamentos de las democracias por excelencia y de las democracias asimiladas. (Y no se diga que ya no hay obreros. En España tenemos hasta un partido que lleva ese nombre).

4

Siendo tal el rasero para juzgar a las democracias por excelencia o por definición en el mundo actual, se comprende que los requisitos exigidos para adoptar el apreciado título no sean muy fuertes, aunque, eso sí, dichos requisitos pueden ser impuestos por instituciones que sólo los cumplen a medias. En la práctica suele bastar con un requisito real y otro simulado. El requisito real es

este: libertad de mercado, o sea, posibilidad de comercio abierto para la ampliación de los negocios. Con este requisito ha bastado para considerar rápidamente "democracias" a países como Hungría (donde el índice de abstención de los ciudadanos en los procesos electorales ha sido tan notable como la capacidad de algunos de sus dirigentes para cambiar de camisa) y Polonia (donde Walesa está amenazado cada dos días con disolver el Parlamento si los miembros del mismo no se atienen a sus deseos).

Luego está el requisito, por así decirlo, "simulado", fingido: parlamento y partidos; requisito éste que, de hecho, suele quedar reducido a la legalización de otro partido distinto del de que mandan o mandaban, puesto que algún tipo de parlamento (cortes, дума, asamblea popular o equivalente) suele haber ya en todas partes, y sería de mal gusto exigir la existencia de más partidos cuando en la "democracia por excelencia" y en la "democracia" que sigue en el ranking a la "democracia por excelencia" no hay más que dos (o dos y medio).

Esta segunda exigencia, o exigencia "simulada", es lo que ha hecho tan fácil el paso desde el llamado "socialismo realmente existente" a la "democracia realmente existente" en sitios como Hungría (donde, insisto, siguen mandando los que mandaban, ahora divididos en dos partidos) o Polonia (donde manda uno que no tiene mucho de demócrata precisamente y, además, apuntalado por la iglesia más antidemocrática de las existentes). Aunque seguramente la ratificación más flagrante de que la "democracia realmente existente" en el mundo actual es aquello a lo que llaman "democracia" los amigos de la "democracia por excelencia" la tenemos en el caso reciente de Argelia. Después de tantas décadas por exigir elecciones libres en países que no eran amigos de la "democracia por excelencia" ahora resulta que "lo democrático" es impedir que se realicen elecciones debido al riesgo existente de que las ganen los que *no deberían* ganarlas. Una vez más el formalismo que oculta la decisión de considerar democrático (o casi) sólo aquello que hacen los amigos de los dominadores vuelve a salir a la luz sin velos verbales e ideológicos que lo cubran.

Claro es que la condición o exigencia "simulada", precisamente por serlo, se puede negociar en función de otras circunstancias específicas de cada país; pero tal negociación siempre dependerá del

vínculo que se tiene con los EEUU de Norteamérica, o, también, de la situación geopolítica y de si es una potencia nuclear o no. así, por ejemplo, la exigencia de que haya partidos y elecciones libremente convocadas para la representación parlamentaria del pueblo será una condición fuerte si se trata un país considerado por el Imperio como adversario en sentido propio (de esta manera Cuba no será considerada "democrática", si no cumple el requisito "simulado" en sentido fuerte; lo mismo puede decirse para la Nicaragua gobernada por los sandinistas, como se vio hace unos años).

Pero esa condición "simulada" se relaja, por así decirlo, en otras casos. China estará "en proceso hacia la democracia", a pesar de lo ocurrido en la plaza de Tiananmen, porque sus dirigentes políticos y empresariales garantizan allí el negocio de las inversiones futuras de los empresarios de la "democracia por excelencia" y de los empresarios de los países amigos de ésta, y porque, además dispone de armamento nuclear propio. Así que dentro de muy poco oiremos hablar del "milagro económico" chino que pondrá sordina a las dudas que puedan quedar acerca de la "democracia realmente existente en aquel país".

Toda milagro económico realizado en el marco de la economía de mercado, es decir, aceptando el sistema capitalista, es, por definición, democratizador. Este es un axioma de la "democracia realmente existente"; un axioma que se enseñó críticamente en las escuelas primarias de la izquierda política de los años 60 (cuando aquí gobernaban en comandita López Rodó, el General y el Almirante) y que aquella misma izquierda política hizo suyo acriticamente nada más acercarse a eso que llaman "poder".

Naturalmente, siempre hay ciertas excepciones a la norma general por la que se rige la democracia realmente definida por las amistades e intereses del Imperio. Por ejemplo, la de aquel país que antes se llamaba (impropiamente, por cierto) Unión "Soviética". La acumulación de armas nucleares en el territorio de lo que fue aquella Unión debilita ligeramente el requisito fuerte (más aún que en el caso de China), pero, por otra parte, el tipo de propaganda hecha durante décadas en los EEUU de Norteamérica y en la Europa occidental obliga ahora a guardar un poco ciertas formas, ciertas maneras de decir lo que es "democrático" para lo que fue la URSS. Pero ya los acontecimientos relacionados con la indepen-

dencia de Ucrania prueban que a la "democracia por excelencia" sigue preocupándole más el lugar en que queden las armas nucleares de la antigua URSS que el respeto a la legalidad democrática propiamente dicha. Y los acontecimientos de Georgia ratifican que para saber qué se entiende por democracia conviene preguntar al menos dos veces —como hacía Fried en un poema satírico— qué pueblo, "por supuesto", manda o gobierna aquí. (En este caso quien enseña de verdad es Alexandre Zinoviev. Véase *Katastroika y Perestroika y contraperestroika en la URSS*).

Precisamente porque —al haber sido durante décadas "la otra" gran potencia— Rusia es la excepción, en lo que concierne a la situación de la antigua URSS hay división de opiniones en el centro del Imperio. Esta división de opiniones esta motivada por la existencia de intereses distintos en los bloques económicos dominantes: unos querrían que se cumpliera con los dos requisitos declaratorios de lo que es verdaderamente democracia y otros estarían dispuestos a aceptar que se cumpliera sólo el "simulado". La traducción literal de esta división de opiniones al lenguaje político directo es: unos poderosos piensan que basta con el "mercado libre" para que allí haya democracia y otros poderosos creen que convendría que, además, hubiera algo así como "elecciones libres". Es de suponer que, como ha ocurrido en estos últimos años cada vez que se producía una discrepancia entre poderosos sobre temas así, pronto tendremos una declaración *Ad hoc* del Pentágono norteamericano que disipará dudas y vacilaciones de liberales europeos con escrúpulos a flor de piel. Tiempo al tiempo.

5

Que esto es realmente así, que la utilización de dos raseros para medir el grado de democracia de cada país es un hecho corriente en estos tiempos, puede argumentarse con más detalle a partir de lo ocurrido en sitios tan distintos como Chile e Italia desde 1972 en adelante. Justamente aquellas democracias en las que existía desde años atrás una activa y amplia participación política de las gentes y donde esta participación coincidía, además, con la existencia de fuertes partidos políticos de la izquierda (digna todavía de ese nombre) y de sindicatos de clase que cumplieran con los

principios establecidos en sus programas, fueron considerados por la "democracia por excelencia", y por la Comisión Trilateral, como democracias con problemas de gobernabilidad o como democracias sencillamente ingobernables.

Muchas personas aún recordarán la ingerencia de las multinacionales con sede en los EEUU de Norteamérica durante los meses inmediatamente anteriores al golpe militar de Pinochet que terminó con la democracia en Chile. (Por cierto: nadie, que se sepa, pidió entonces en Europa la disolución de la democracia cristiana italiana o alemana, a pesar de la evidente complacencia de su homónimo chileno con el golpe de Pinochet). Transcurrieron los años, Pinochet cumplió su función con la ayuda de los neoliberales de Chicago, empezó a correr el rumor sobre el consiguiente "milagro económico" chileno, y, de acuerdo con el axioma establecido, se siguió de ahí el comienzo de la "democratización", así que los democristianos cambiaron a un Frei por otro Frei y se consideró que con ello ya estaba restablecida la "democracia" en Chile. Otra feliz transición democrática a la española: sin memoria histórica, sin apenas exigencia de responsabilidad por los crímenes cometidos y con la variante de que el General sigue allí...

Se conocía menos, en cambio, la ingerencia de la OTAN (el "puntal de la democracia europea", como se dijo durante el debate que tuvo lugar en España) en la "ingobernable" Italia. Ha habido que esperar el final de la Tercera Guerra Mundial y la transmutación del partido comunista italiano, en 1990, para que saliera a la luz lo que representó en la Italia de aquellos años la red Gladio, cuya vinculación a los servicios secretos del Estado italiano y a la OTAN era conocida y alentada por prominentes miembros de la democracia cristiana que hoy tienen el cinismo de presentar la cosa como una contribución particular, y ante litteram, a la consecución de aquello (el final del comunismo) en que todos parecen estar de acuerdo. Nuevamente, en la democracia realmente existente, el fin justifica los medios. Conviene ver a este respecto dos recientes documentos cinematográficos sobre la manipulación y la intoxicación de la opinión pública en la "democracia por excelencia" y en el Reino Unido durante los años sesenta: *Agenda oculta* de Ken Loach y *JFK* de Oliver Stone. Es posible que estas imágenes valgan más que los miles de palabras pronunciadas por la

izquierda anglosajona hace treinta años sobre conspiraciones y terrorismo de estado en las democracias realmente existentes, pero, en cualquier caso, a través de estos documentos el ciudadano de hoy puede hacerse una idea cabal de la ingenuidad o de la hipocresía del punto de vista sólo liberal en nuestras sociedades.

Una de las características principales de la democracia realmente existente es que, a diferencia de las dictaduras, no oculta la verdad, por dura que ésta sea; la dice unos cuantos años o meses después de que hayan ocurrido de que se trate (cuando la tal verdad ya no cuenta político-socialmente más que para los historiadores). La esencia de la democracia realmente existente es contar la verdad a destiempo. Esta práctica tiene importantes efectos salutíferos para el conjunto de la comunidad: los que mandan siguen mandando y de paso evitan que les crezca la nariz; las almas bellas sienten el aleteo del ángel de la democracia cada vez se produce una revelación (aunque sea tardía) de este tipo; los que fueron críticos del poder en el momento de los hechos se sienten reconfortados porque, al fin, se les reconoce su razón; y el fatalismo histórico de los de abajo puede una vez más repetir aquello de: "¿y cómo iba a ser de otra manera?"

6

La afirmación de que el desfase temporal a la hora de decir la verdad (o si se prefiere, las verdades importantes, las verdades que más cuentan) constituye la esencia de la democracia demediada realmente existente es algo que no puede probarse por vía de argumentación directa, tal vez. Pero es posible imaginar algunas pruebas indirectas, inventar algún experimento imaginario (dentro de la modestia que es de rigor en estas cosas), o por lo menos un preguntario intencionado. Probemos: ¿Que habría ocurrido en la Italia de 1977 de haberse sabido entonces fehacientemente, y con los datos que ahora se tienen, que tanto el objetivo de la Trilateral como el de los servicios secretos vinculados a la OTAN era impedir el compromiso histórico y debilitar al partido comunista por todos los medios posibles, incluyendo las acciones terroristas? ¿Se habrían puesto en huelga los mineros de El Teniente de haber sabido lo que se supo años después sobre la vinculación entre

algunas multinacionales norteamericanas y una parte de la cúpula del ejército que entonces no paraba de repetir problemas en favor de la democracia? ¿Qué habrían pensado de la insumisión una parte de los soldados europeos que fueron al golfo Pérsico de haber sabido lo que se ha sabido un año después de finalizada la guerra sobre su origen, la utilización de las NNUU por el gobierno norteamericano y los pormenores del desarrollo bárbaro de las tropas norteamericanas en la misma? ¿Cómo se habría manifestado la opinión pública de este país si la información acerca de los contactos de líderes políticos españoles con Sadam Husein en los años setenta se hubiera dado *antes* del conflicto bélico y no después de su finalización? ¿Qué pensaría la gente por estos lares de la situación argelina si se dejara hablar a los representantes de la opinión allí mayoritaria, en vez de justificar una y otra vez un golpe de estado antidemocrático esgrimiendo espantajos de dictadores del pasado que, paradójicamente, no son de la cultura que se critica sino de la nuestra? A lo que parece, el fin (la democracia, en su versión Séptimo de caballería) vuelve a justificar los medios (la represión contra miles de fundamentalistas islámicos).

7

Pero, ¿y el fin? ¿qué es hoy el fin? Hace ya tiempo que la teoría política neomaquiaveliana (Pareto, Mosca, Burnham, Michels) puso de manifiesto que los regímenes democráticos-constitucionales, a pesar de las instituciones parlamentarias y de la representación, indirecta, de la voluntad popular que las caracteriza, son en el fondo oligarquías. Con independencia de que en ellos quede formalmente garantizada la soberanía popular a través de la electividad de los representantes del pueblo, la tendencia hacia formas oligárquicas viene determinada aquí —a diferencia de lo que ocurre en otros regímenes— por el dominio del dinero. La mercantilización constante del proceso político hace de las democracias constitucionales oligarquías plutocráticas en las que se reproduce la desigualdad social por otras vías diferentes de la limitación del sufragio. Según esto, también las democracias parlamentarias trabajan para el pueblo pero son sin el pueblo, puesto que no es el pueblo quien gobierna en ellas.

El pensamiento político liberal contemporáneo, conservador o no, suele aceptar esta caracterización neomaquiaveliana de la oligarquización de las democracias como una apreciación realista, adecuada a los hechos principales observables en la mayoría de países con régimen democrático constitucional. Pero, por otra parte, el liberalismo renovado —que se da cuenta de la parcial coincidencia de esta crítica neomaquiaveliana de la democracia con la crítica marxista y libertaria de la misma— se afana luego en desplazar los acentos hacia otra consideración. Compara ese proceso de oligarquización de las democracias con lo que ocurre o ha ocurrido en los regímenes autoritarios de diverso signo. Pues —se aduce en este contexto— también éstos son oligárquicos, también éstos están dominados por minorías, y en mayor medida, pero con la diferencia, desfavorable a ellos, de que no hay ni puede haber control ni renovación de las oligarquías mismas, de los que mandan, del privilegio del mandar.

Vale la pena, sin embargo, hacer el ejercicio mental consistente en reflexionar acerca de dos cosas juntas: la superioridad moral de la democracia representativa sobre el autoritarismo y la inevitable tendencia hacia la oligarquización plutocrática. Y reflexionar sobre ellas en un contexto histórico completamente cambiado respecto de la situación que siguió a la segunda guerra mundial. Hay que reconocer entonces que el descubrimiento neomaquiaveliano, generalmente aceptado hoy por todas las corrientes del pensamiento político contemporáneo, adquiere una dimensión nueva: el inquietante hecho del carácter oligárquico de las democracias resalta mucho más cuando ya no existe otro bloque en el que ver la cara del enemigo, sino sólo espejos en los que mirarse. El carácter oligárquico y plutocrático de las democracias constitucionales de representación indirecta salta a la vista como una deformidad, esto es, como una demediación de la democracia propiamente dicha, cuando se la mira directamente a la cara, sin comparaciones odiosas que, en el fondo (para qué vamos a engañarnos), la disfrazaban y embellecían mucho.

8

De la argumentación neomaquiaveliana no sólo sale la descrip-

ción veraz de la limitación interna (económica, principalmente) de las democracias constitucionales. También puede deducirse de ella un esquema interpretativo de la historia reciente de las democracias que seguramente no carece de interés para todas aquellas personas que están convencidas de que la democracia es siempre un proceso en construcción, cuyo éxito y profundización depende muy directamente de la presión de los de abajo y de la vigilancia de estos mismos justamente frente a las tendencias oligárquicas y plutocráticas. Este esquema permite establecer una tendencia histórica, según la cual a medida que se extiende el sufragio por abajo, esto es, a medida que la igualdad jurídica alcanza techos más elevados en los países democráticos, aumenta la presión de los intereses creados por el dinero para corregir los desplazamientos y cambios que puedan llegar a afectar a los antiguos privilegios.

Los poderosos, las clases dominantes, los privilegios, o como quiera decirse, han acudido históricamente a soluciones varias en función de las formas que ha ido tomando la lucha por la hegemonía en las sociedades democráticas. La extensión del sufragio por abajo se corrigió, o se complementó, con las leyes contra los socialistas, esto es, con una legislación específicamente dirigida contra aquella parte de la sociedad que había puesto en cuestión el mantenimiento de los privilegios de los de arriba. La presión por abajo en favor de la ampliación del sufragio y de la igualdad produjo exclamaciones célebres por parte de los privilegiados y de los políticos conservadores (con consecuencias nefastas para las clases sociales ascendentes), como aquella de que la legalidad nos mata.

Pero a medida que, en la cultura euroamericana, se extiende la convicción de que el problema de la hegemonía tiene que resolverse por vía pacífica y respetando el pluralismo político parlamentario, la legalidad parece a veces haber dejado de matar privilegiados. (Aunque tampoco conviene hacerse demasiadas ilusiones a este respecto: ni siquiera en esto la historia es lineal y simplemente progresiva). Por lo general ahora se trata de *interpretar* convenientemente esta legalidad.

Y también de corregir —cuando se considera necesario— el valor de un voto con el valor (mucho mayor) mercantil del dinero. Esta parece una explicación apropiada de lo que pasó en Italia cuando Enrico Berlinguer, que seguramente habrá sido el último

político liberal consecuente de los últimos tiempos, propuso el compromiso histórico, con lo que se llegó a un paso de que el partido comunista se convirtiera allí en la fuerza política mayoritaria. "La legalidad nos mata", hubiera sido una exclamación muy fuerte para ser pronunciada en público en la Italia de 1977. Así que se dijo, en tono más comedido, pero igualmente decisivo: "Hay democracias que son ingobernables". Con lo que, en efecto, los servicios secretos, las mafias y las corporaciones económicas convencidas de que el exceso de democracia hace ingobernables a los países se pusieron a trabajar a fondo (con la colaboración de las almas bellas, todo hay que decirlo) para demostrar a propios y extraños lo que tenía que ser demostrado, a saber: que un país deja de ser ingobernable si es gobernado durante cuarenta años por un partido político corrupto que, pese a ello, muestra que puede seguir gobernando.

9

En cualquier caso, la desestabilización de las democracias constitucionales por las oligarquías del dinero se ha hecho mucho más fuerte —contra lo que se piensa a menudo ingenuamente— en la década de los 80, a medida que se extendía el americanismo a todo el mundo. Formalmente, usted tiene garantizada la misma posibilidad de voto que el señor Agnelli o que el señor Mario Conde, pero a medida que las campañas electorales se hacen más costosas, usted, que tiene formalmente las mismas posibilidades de decir lo que piensa o lo que siente que Mario Conde o que Agnelli, sólo tiene medios reales para decírselo a su pariente más próximo o al vecino de al lado. (Tal vez por eso se ha hecho tan acentuado el melancólico retorno a lo privado en lo que antes llamábamos "izquierda"). Poco a poco la consecuencia de tal desigualdad, que empieza a manifestarse a través del dinero, y continúa manifestándose a través de los medios de comunicación de masas (en los que también hay que pagar), profundiza el proceso de oligarquización: el pobre, el pequeño, no tiene dinero para campañas electorales y cuando en el lugar en que los poderosos ponen el dinero él pone su trabajo voluntario, entonces los poderosos suelen sacar una ley electoral que favorece directamente a los grandes en todos los ámbitos (en el reparto de los dineros públicos, en el reparto de los

espacios en televisión, en el reparto de los restos electorales, etc.).

El sida de la democracia representativa demediada se produce cuando la oligarquía plutocrática logra que los competidores políticos lleguen a creerse que ellos también pueden hacerlo igual porque la ley es igual para todos; que ellos, los pobres, los pequeños, pueden realmente competir jugando en el campo del adversario y con la baraja marcada por los otros. Bajo este engaño han muerto en Europa un montón de ideas políticas excelentes defendidas por políticos e intelectuales moralmente intachables, e inteligentes en todo lo demás. Estas buenas gentes sólo cometieron un error: el de creer que ya eran mayores y lo suficientemente fuertes para dejar de oponer el trabajo voluntario (de los militantes que creen en los ideales por lo que luchan) a los dineros de las oligarquías, pasando a competir con estas en las visitas a banqueros, en la obtención de créditos, en la creación de empresas de cuyos beneficios obtener medios indirectos de financiación de las compañías políticas, etc.

El querer hacer como los otros sin poder hacerlo de verdad, el caer en la ilusión de las subvenciones estatales y privadas gratuitas (en el engaño de que los dineros estatales o privados se dan a fondo perdido) ha sido el primero de los pecados veniales que acabaron conduciendo a la vieja izquierda europea a la identificación con el otro, con su adversario. Es así como la izquierda europea ha pasado a ser, de hecho, la mano izquierda de la derecha. Cuando ya no hay otro programa, ni otra política económica que oponer, ni otra forma de militancia, ni otra forma de ver el mundo, ni otra forma de comportarse, ni otra esperanza que comunicar a los que quisieran que el mundo cambiara, entonces sólo queda la diferenciación individual por el dinero que se posee. En cierto modo, eso es la muerte de la política en la aceptación que la palabra "política" ha tenido desde los años veinte de este siglo, como intervención activa de las grandes masas en la cosa pública. Quién mejor ha visto este cambio de fase histórica ha sido un viejo comunista: Pietro Ingrao.

10

Pues bien: cuando la gente se da cuenta de estas cosas (de la insuficiencia del mercado desde el punto de vista de la justicia y

de la equidad, de los límites de la democracia mercantil y oligárquica, de la forma en que el viejo concepto de la distinción entre "amigo" y "enemigo" decide de nuevo sobre lo que es democrático y lo que no lo es) deja de ser razonable en el sentido anteriormente dicho y apela a *otra razón*. Si, además, son tiempos de vacas flacas, y los hombres y las mujeres razonables moran en países en los que mueren miles de niños al día, en los que se esclaviza a otros, se prostituye a muchos y se tortura al que protesta, entonces (y no es ésta la única situación de injusticia posible en el mundo de hoy) la anterior evidencia histórica se hace menos evidente y el gradualismo propuesto para las actuaciones menos razonable.

¿Se puede acaso graduar la satisfacción de las necesidades básicas, elementales, cuando la gente está a un tris de morir de hambre? Y ¿por qué sigue conmoviendo y emocionando tanto a las buenas gentes, igual en el Norte que en el Sur, *el espíritu de la rebelión*, las viejas historias de los hombres y de las mujeres que se alzaron y se alzan contra la desigualdad intolerable? No se puede negar a Marx y a algunos marxistas (a Rosa Luxemburg, a Antonio Gramsci, a Georg Lukács, a Karl Korsch, por no hablar de Brecht y de Benjamín, tan lúcidos en su diagnóstico), el haber dicho unas cuantas cosas serias sobre esta seria cosa que es la actitud de los hombres y de las mujeres ante la lucha de clases.

Así pues, lo que es evidencia histórica y conclusión razonable para unos acaba resultando un hiriente insulto para otros. Esto se debe a que, nos guste o no, existe en el Planeta Tierra algo así como eso a lo que se ha llamado —a veces también con un poco de petulancia, todo hay que decirlo— *lucha de clases* a nivel mundial. Cuando Marx escribió el Manifiesto Comunista, el mundo (incluso para un alemán que se quería internacionalista) era Europa y poco más. Ahora el mundo son los cinco continentes: vemos en dinero —y hasta podríamos vivirlo, si además de ser razonables nos hubiera sido dada la gracia de los sentimientos humanitarios y de la coherencia entre el decir y el hacer— el hambre, la tortura, la desigualdad social, la miseria material y psíquica en Africa, en Asia, en América Latina y en los suburbios de las principales ciudades de Europa, de los EEUU de Norteamérica, del Japón.

No pocas personas sensatas y razonables del Norte se hacen la ilusión de que estos males del Sur nada tienen que ver con noso-

tros, con nuestro mercado, con nuestra democracia mercantil. Y concluyen, desde esa ilusión, que nuestro mercado y nuestra democracia mercantil no sólo no son responsables de tanta miseria y de tanta muerte, sino que evitan la miseria y la muerte allí donde se instalan. Pero no hace falta ser historiadores basta con fijarse un poco más en las tragedias del mundo que en los conceptos de democracia y mercado ahistóricamente formulados, para darse cuenta de que las rapiñas de nuestros antepasados colonizadores, las constricciones impuestas por el Banco Mundial y los beneficios de las multinacionales con sede en EEUU, Japón y la CEE, tienen tanta relación con la miseria del Sur y con su crisis ecológica como la explosión demográfica que se está viviendo en aquellos países o la rapacidad de sus oligarquías. Lo sabía ya William Morris cuando, hace un siglo, escribió las *Noticias de ninguna parte*. ¿Cómo ignorarlo ahora?

La desigualdad social existente en la Europa del XIX hizo nacer el marxismo en Europa. La tremenda desigualdad mundial existente ahora hará nacer otro intento de juntar la explicación del mal social con la exigencia de cambiar el mundo de base. El instrumental científico y técnico para eso empieza a estar a punto. Sería un error que lo desheredados del mundo despreciaran este instrumental en nombre de algún fundamentalismo, incluido el laico. ¿Qué nombre se pondrá al nuevo intento? ¿Se seguirá llamando a ésto marxismo? No lo sé, ni creo que el nombre sea lo que más importa ahora. Nuestros jóvenes llaman insumisión y desobediencia civil al espíritu de la rebelión que está en los prolegómenos de la nueva tentativa; los campesinos latinoamericanos llaman a la nueva cosa (híbrido de marxismo crítico y de cristianismo inspirado en el Sermón de la Montaña) teología de la liberación. Nombres tal vez parciales y, sin duda, prematuros. Pero lo que importa es el concepto, lo que importa es que también ahora hay argumentos a favor de un punto de vista que no sea sólo y dogmáticamente liberal.

Liberales lo somos todos de salida (al menos aquí, en Europa), Marx también lo era de joven. Y Dostoievski. Y Chernichenski. Y tantos otros. Luego, con el tiempo y años, unos liberales prefieren el autoritarismo del déspota bondadoso (como los liberales de la Trilateral y no pocos de los científicos liberales que se han planteado en serio la interrelación de los problemas económico-sociales

con los problemas ecológicos de este final de siglo) y otros liberales preferimos el igualitarismo social radical, la superación de la forma actual, capitalista, de la división social fija del trabajo. ¿O tendrán que seguir haciendo siempre los mismos, y los hijos de los mismos, las tareas de mantenimiento y limpieza de nuestra pocilga?

Es posible que esta diferencia de criterio entre sólo liberales y algo más que liberales (libertarios, socialistas, comunistas) no exista ya cuando la llamada "democracia del mercado" haya logrado dar de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos del mundo entero, de nuestro mundo. Algunos pensamos que ponerse a esperar tal cosa es seguir creyendo en la festividad del Día de Nunca Jamás. De ahí que, mientras tanto, mientras haya en el mundo más desigualdades e injusticias que las que esta dispuesta a admitir la filosofía liberal dominante, es sano suponer que los desposeídos, además de interpretar este mundo, seguirán pensando en la necesidad de cambiarlo de base. Y quién sabe si está obrando en consecuencia.

Barcelona, invierno de 1991/1992

* Una primera versión de este texto se publicó en la sección de opinión de El País del 3 de enero de 1991. La versión definitiva fue escrita para recordar el centenario de la aparición de las *Noticias de ninguna parte*, de William Morris.